

DIBUJO DE LA FACHADA. PLANO ORIGINAL DEL ARQUITECTO MORA.

EL MERCADO DE COLON EN VALENCIA

Comentario de Eduardo Mangada. Arquitecto.

El mercado de Colón está situado en el primer ensanche de Valencia, muy próximo a la calle de Colón, que limita el casco antiguo de la ciudad.

Este nuevo mercado venía a cubrir las necesidades de una zona, el primer Ensanche, que desde unos diez años antes iba siendo ocupada por una población perteneciente a la clase media acomodada, que hasta entonces sólo disponía del viejo mercado de Ruzafa, lejano e incómodo.

El proyecto se debe a don Francisco Mora, siendo arquitecto del Ensanche, y fue aprobado por los organismos municipales y del Ensanche en 1914, y las obras subastadas el mismo año. La construcción se llevó a cabo en veintiocho meses, siendo realizada por constructores locales (1).

Mora había estudiado en la Escuela de Barcelona, y finalizó la carrera en el año 1898, en pleno auge del Modernismo y coincidiendo con el momento de mayor plenitud de Domènech y Montaner (Café Restaurante de la Exposición, 1888; Palau de la Música, 1905). Don Francisco Mora continuó como arquitecto-jefe del Ensanche hasta su muerte, en 1961, y durante este pe-

ríodo realizará algunos de los edificios más representativos de la primera mitad del siglo (Palacio Municipal de la Exposición, Ayuntamiento, Banco Hispano Americano).

El nuevo mercado de Colón fue calurosamente acogido por la sociedad de la época, al menos en los comentarios escritos que hemos podido ver. Justificó la aparición de una revista monográfica (MERCADO DE COLON), y todas las publicaciones locales insertaron artículos descriptivos y comentarios de personalidades técnicas o políticas, locales y nacionales. La tónica de estos comentarios puede resumirse en estos puntos más destacables: signo de progreso higiénico y técnico, motivo de prestigio para la ciudad ("una ciudad manifiesta su calidad por los servicios públicos que ofrece"), mayor comodidad para los nuevos vecinos y elogios al edificio destacando sus dimensiones y elegancia.

Urbanísticamente queda englobado en la retícula viaria del Ensanche, ocupando una manzana completa (al menos hoy). Por no haber podido encontrar un plano de la época, no podemos saber si el sitio que hoy ocupa el Mercado estaba ya asignado para tal uso en el proyecto del Ensanche, pero, dado el carácter de indeterminación funcional en cuanto a localización de actividades

que caracteriza este tipo de planes urbanísticos, parece lo más lógico pensar que no fue así, sino, por el contrario, que cuando surgió o se pensó en su necesidad, el mercado ocupó un sitio vacante en la estructura reticulada de esta zona. Además del análisis de su localización actual y de la forma y tamaño de las manzanas próximas, cabe pensar que la "manzana completa" que hoy ocupa es en realidad una "submanzana" segregada de otra mayor.

El solar tiene una superficie de 4.343 metros cuadrados y alberga (o albergaba) 280 puestos de venta. Una gran cubierta se extiende sobre unas tres cuartas partes de dicha superficie, soportada por una estructura metálica muy diáfana (columnas de función y arcos de perfiles laminados), constituyendo un sistema de tres naves, con 18 metros de luz la central y 7,7 las laterales. Este sistema basilical se cierra en sus testeros por dos fachadas de cantería, ladrillo y cerámica, quedando totalmente abiertos los dos laterales. Todo el recinto está limitado por una verja de fundición, con accesos desde las cuatro calles que lo limitan.

Las fotografías que acompañan estas líneas completan sobradamente esta descripción.

(1) Constructores: fundición y forja, E. Capilla y V. Ferrer; lucernarios, "Eclipse" (belgas); cubierta, "uracita" (francesa); cerámica vidriada, ceramo.

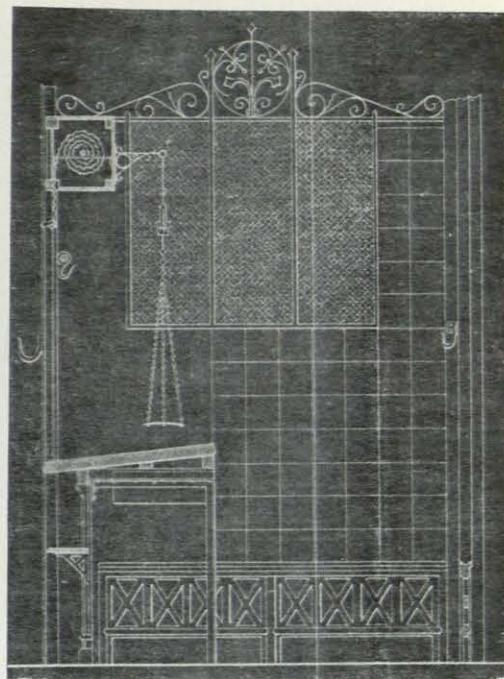
El mercado de Colón pertenece, dentro de la tradición funcional, a la familia de los grandes mercados, estaciones y exposiciones de la primera arquitectura de hierro. Como antecesores más significativos podríamos citar el Mercado de la Magdalena (París, 1824), el Mercado de pescado de Huggerford (Londres, 1835), los "Grandes Halles", de París (1855), hasta llegar a la Galería de Máquinas de la exposición de París de 1889. Pequeña cronología que sitúa a nuestro edificio como un ejemplo más bien tardío dentro de esta tradición.

En los cincuenta años que separan los primeros ejemplos del que hoy nos ocupa, ha ido adquiriendo entidad arquitectónica lo que empezó siendo una conquista técnica, capaz de cubrir grandes naves diáfanas. En este tiempo lo que fueron edificios o soluciones experimentales se ha transformado en fórmulas de uso profesional, donde sólo la habilidad del proyectista o la diferente capacidad tecnológica y económica de cada circunstancia, marcan las diferencias de un caso a otro. Lo que es característico de esta evolución es la incapacidad o al menos la timidez con que las posibilidades que la nueva técnica constructiva ofrecía han sido incorporadas a un lenguaje arquitectónico que diese lugar a una expresividad formal adecuada. Salvo contadas excepciones, como el Cristal Palace de Londres, casi todos los edificios de esta primera época esconden la verdadera arquitectura del hierro tras un camuflaje o unas fachadas de arquitectura tradicional, que, en uno u otro estilo, aseguran una apariencia de prestigio. Este eclecticismo cultural se manifiesta

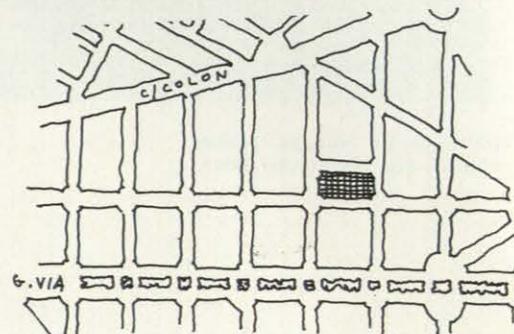
en el Mercado de Colón, con la introducción de las dos "seudofachadas" de ladrillo que cierran las naves en sus testeros extremos, representativas de una arquitectura historicista y regionalista, con una clara influencia modernista y, sobre todo, de Domenech (fachada a la calle Conde de Salvatierra). Pero debemos apuntar como valor positivo el que este "recubrimiento" de prestigio se reduzca en este caso al mínimo, los dos testeros, dejando al descubierto las dos fachadas laterales, que exponen claramente la totalidad de la estructura metálica.

La aparición de estas "seudofachadas", que hemos justificado anteriormente por una postura culturalmente ecléctica, tendrían, por otro lado, una justificación formal que nace de la dificultad de resolver el problema del cerramiento frontal de una planta y sección basilical. Problema que, como indica Wittkower (2), se plantea ya en la arquitectura del Renacimiento, y que hoy nos encontramos sin resolver en la mayoría de las construcciones industriales cuando las naves acaban. Es por esto interesante citar un ejemplo contemporáneo al nuestro en que este problema se resuelve de una forma más positiva, como es el proyecto para mercado Central de Domenech y Montaner (C. A., números 52-53), cuyos testeros están diseñados con el mismo criterio y usando la misma técnica que configura la totalidad del edificio, sin recurrir a elementos extraños, que falsamente resuelvan el problema, pero que, en realidad, lo eluden.

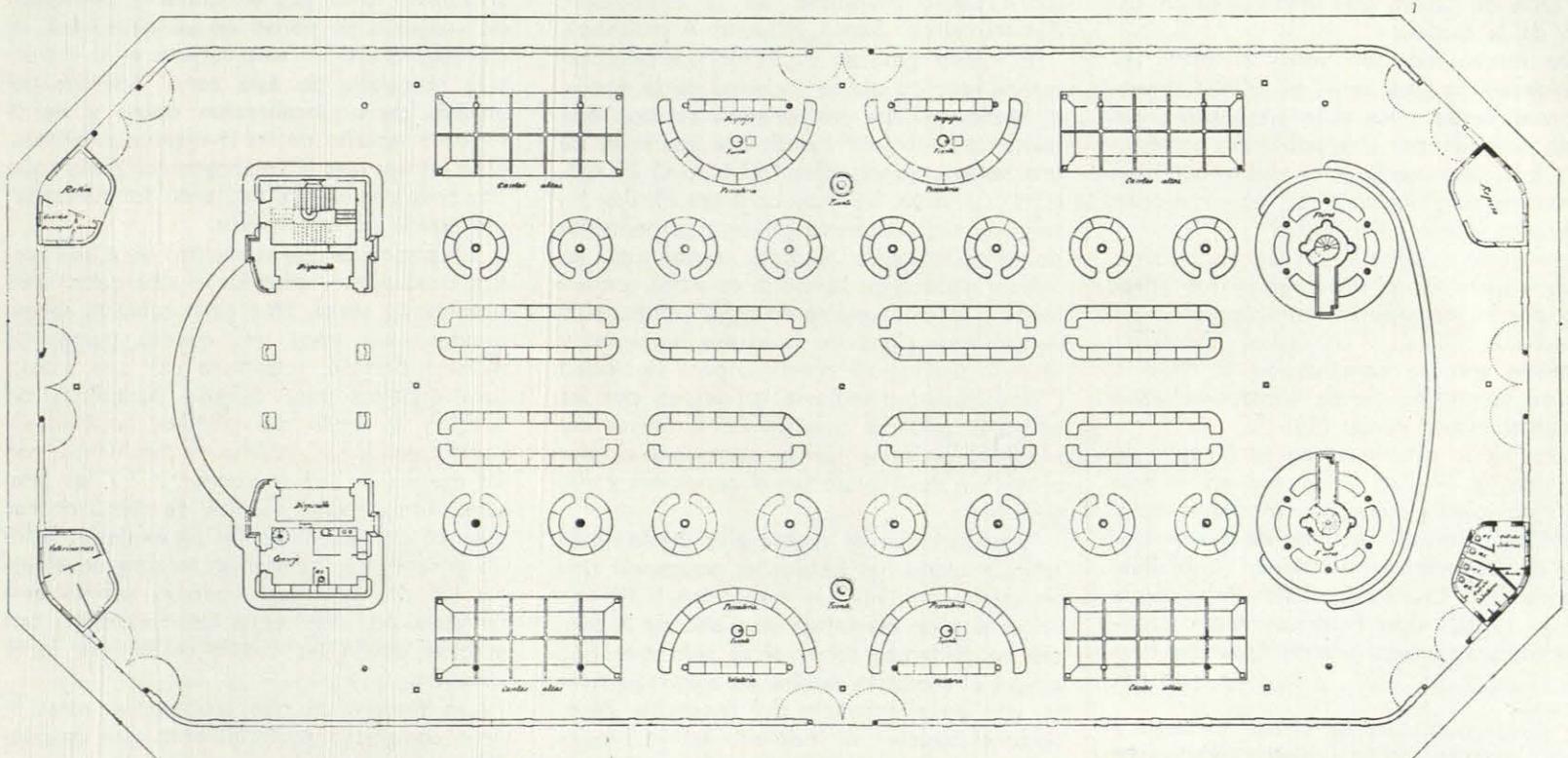
(2) Wittkower: *La arquitectura en la edad del Humanismo*, 111.4. Problema de las fachadas eclesiásticas en las iglesias de planta basilical.



ARRIBA: PLANO DE DETALLE DE UN PUESTO. ABAJO: SITUACION DEL MERCADO EN LA CIUDAD DE VALENCIA.



PLANTA DE CONJUNTO DEL MERCADO DE COLON. PLANO ORIGINAL DEL ARQUITECTO MORA.



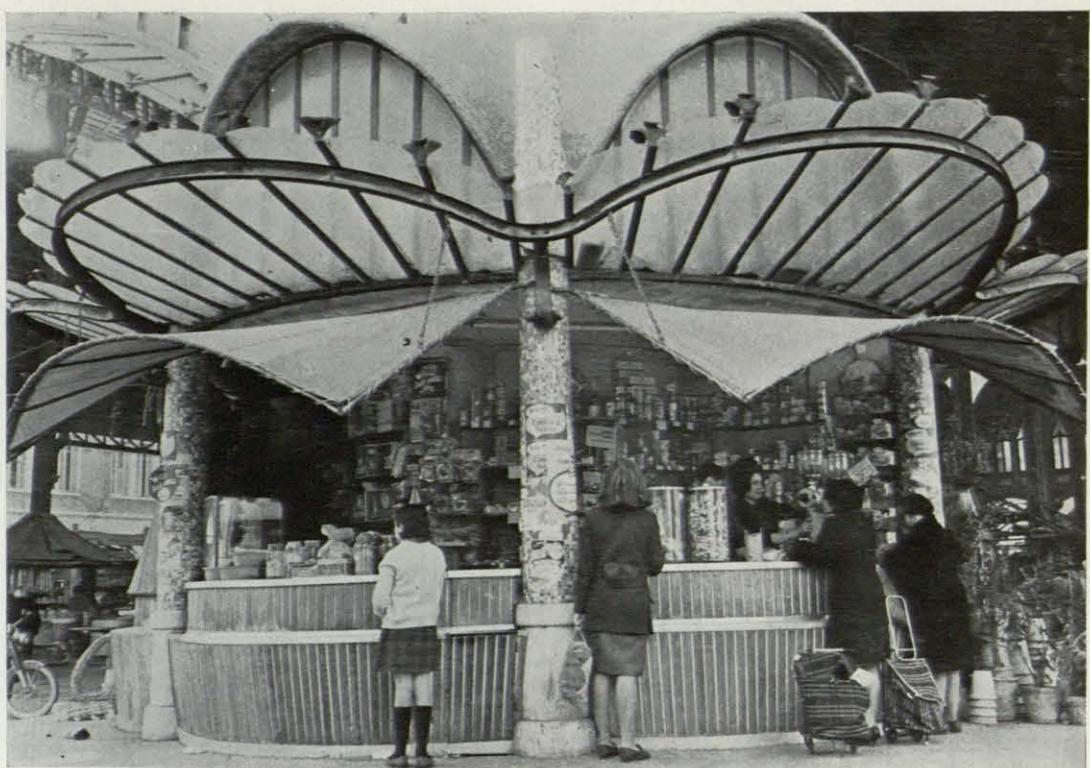
A pesar de todo, estas fachadas antes criticadas como elementos negativos, en la composición del edificio tienen un valor como piezas aisladas. De una magnífica factura, constituyen los elementos a través de los cuales pueden establecerse los vínculos con las diferentes tendencias o gustos del momento cultural en que son proyectadas. La ya citada de la calle de Salvatierra nos indica claramente esa filiación, ya apuntada, al Modernismo y creemos destacable la incorporación del tímpano acristalado y su enlace con la marquesina, resueltos con una gran limpideza y finura.

En cuanto a la calidad de diseño de los diversos elementos, y si exceptuamos las fachadas de ladrillo, este edificio podría calificarse como un ejemplo medio. Tanto la fundición como el enlace entre los diversos elementos metálicos, y sobre todo, la entrega de éstos a las fábricas, están poco elaborados y son más bien pobres, si se comparan con otros edificios que plantean los mismos problemas, desde el "Bon Marché" de Eiffel a la "Casa del Pueblo" de Horta. No obstante, el Mercado de Colón tiene sobrada calidad para merecer nuestro interés, y los defectos apuntados no suponen una invalidación para otras valoraciones que consideramos más importantes.

Lo que primero nos interesó de este edificio, y lo que justifica estas líneas, es su carácter de gran plaza cubierta: un enorme paraguas o sombrilla sobre una manzana del ensanche de Valencia. El espacio así definido se prolonga y ensancha por las calles que lo rodean, de las que sólo le separan una verja metálica. Los auténticos cerramientos visuales no son los de su propio recinto, sino las fachadas de las manzanas que lo circundan.

En esta valoración espacial vuelven a sobrarnos las ya citadas fachadas de ladrillo, que, a pesar de sus amplios huecos, dificultan la total apertura del espacio interior y desvirtúan, en cierta medida, lo que consideramos calidad muy importante: la neutralidad. Una plaza y un techo. Por el contrario, apuntamos como elemento muy positivo, el liviano cerramiento que supone la verja, que actuando como un filtro que garantiza la necesaria separación de funciones internas-externas, permite la incorporación visual del espacio interior y exterior y asegura la transparencia de manzana a manzana a través del propio edificio.

Esta valoración de neutralidad tiene mayor consistencia si relacionamos el edificio con su entorno urbano: una retícula tan neutra como él. Si formalmente hemos atacado al Mercado de Colón como ecléctico, debemos destacar ahora la unidad de criterio entre trama urbana y tipo de edificio (tanto el proyecto del Ensanche como el mercado son obra de don Francisco Mora). Esta adecuación se da en gran parte por el hecho



UNO DE LOS QUIOSCOS DESTINADOS, EN EL PROYECTO, A FLORES. LAS CUPULAS Y PILARES ESTUVIERON RECUBIERTOS CON TROZOS DE CERAMICA VIDRIADA, SEMEJANTES A LOS BANCOS DEL PARQUE DE GÜELL. HOY HAN SIDO SUSTITUIDOS POR GRESITE VERDE, AL IGUAL QUE EL REMATE DE LAS FACHADAS.

mismo de su localización, al ocupar una manzana completa, encuadrada en la misma retícula viaria. Los edificios del entorno constituyen un fondo igualmente neutro, de fachadas sin cualidades ni defectos destacables muy uniformes en altura y calidad de diseño.

En este paisaje urbano, el Mercado de Colón añade un valor importante: el cambio de escala que su espacio supone en relación con los edificios vecinos. Esta diferencia de escala, perfectamente aprehensible debido a su transparencia, hace de él un "foco", un punto de referencia, un elemento de identificación que nos ayuda a situarnos y relacionarnos en este trozo de ciudad.

Para analizar este edificio desde su propia función, un mercado, queremos matizar el carácter de "neutral" con el de "edificio no especializado". En efecto, es un mercado poco especializado. Es poco más que una agrupación de puestos de venta bajo una cubierta; lo que le sitúa dentro de la tradición de los mercados entoldados (envelats), semanales o diarios, pero conservando siempre el aire de ambulantes o desmontables. Este carácter está bien reflejado en el proyecto, donde los puestos de venta han sido

TRANSPARENCIA DE MANZANA A MANZANA. INCORPORACION DEL ESPACIO INTERIOR Y EXTERIOR.



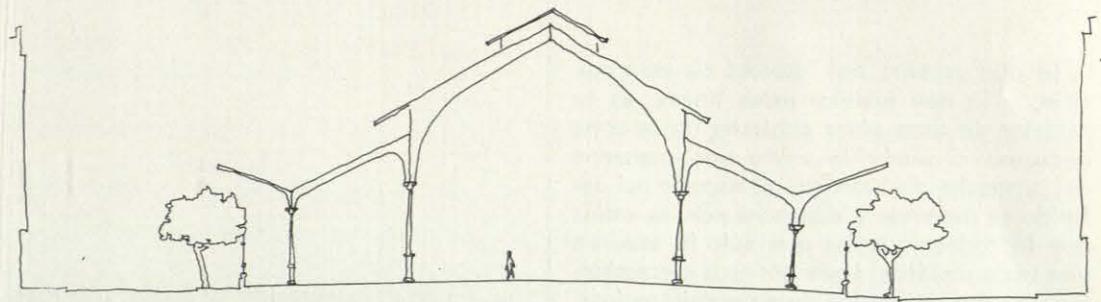
pensados como unas simples mesas o bancos y en el que las pocas casetas cerradas que se disponían fuesen tan ligeras como los dibujos demuestran.

Cierto es que la falta de especialización de un edificio puede considerarse un defecto y entre sus inconvenientes están el de una merma de efectividad en las funciones que alberga (hoy este problema está planteado en relación con la duración de vida de los edificios y los distintos usos posibles, pero el tema escapa a estos apuntes), pero en nuestro caso, nos atrevemos a situar esta característica como un valor positivo, pensando en un edificio con una actividad cuyas técnicas y mercancías evolucionan muy rápidamente (y, sobre todo, han evolucionado desde el momento de su proyecto hasta nuestros días). Veamos cómo se derriban grandes almacenes al cabo de diez o quince años de vida, cómo se renuevan las tiendas adaptándose a la última calle de moda, cómo cambia el estilo de los escaparates y todo el sistema de ventas. En este panorama, esta gran tienda que es el Mercado de Colón, esta gran plaza cubierta, puede usar su falta de especialización como una potencialidad de cambio del espacio construido para adaptarse a las nuevas modalidades de su función actual o para asimilar nuevas funciones. Así considerado, podemos calificar al Mercado de Colón como un gran "contenedor" de vida urbana, un espacio de intercambio de actividades que hoy es mercado, pero que mañana puede ser lugar de exposiciones, sala de conciertos o recreo cubierto.

Y con esto nos damos paso para apuntar, con riesgo de ser irresponsables y poco serios, las posibilidades futuras que este edificio puede ofrecer, admitiendo una cierta "vocación espacial" que nos sugiere su forma y su localización en la trama de la ciudad.

Es lógico pensar en una próxima y necesaria revisión del Mercado de Colón, bien por cambio de estructura comercial en el sistema de mercados, bien por una reconsideración de la rentabilidad de esta manzana (hoy en pleno centro), bien por los problemas que la actual localización plantea en su entorno (circulación, olores, etc.), o simplemente porque sobre esta parcela se centren las presiones y apetencias de grupos privados más o menos especuladores. En cualquiera de los casos, y antes de cualquier decisión ante las opciones planteadas, sería obligatoria una valoración del edificio actual computando seriamente tanto su valor de edificio histórico (edificio incorporado a la historia de la ciudad) como las posibilidades que un espacio ya existente (con una estructura en perfecto estado) ofrece. Valoración en la que los caracteres de neutralidad formal, y no especialización, desempeñarían un papel importante.

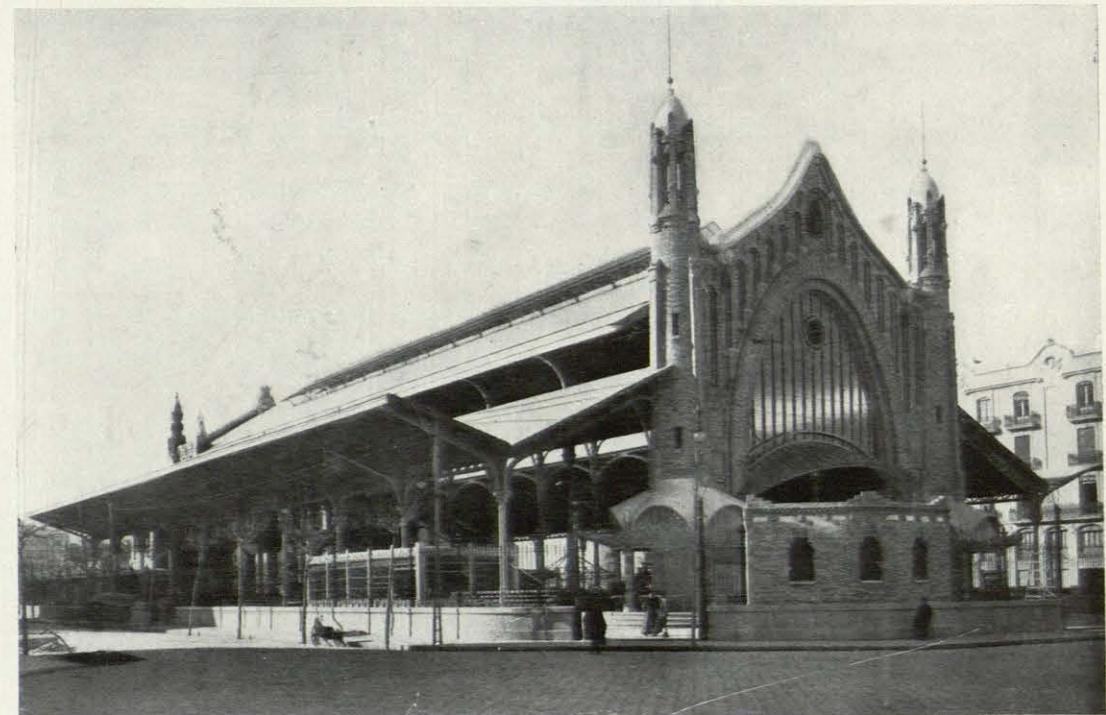
Actualmente el mercado empieza a sufrir las consecuencias que el cambio en el uso impone. La aparición de casetas cerradas, con añadidos para cámaras frigoríficas o peque-



ños almacenes (reformas, por supuesto, de muy inferior calidad que el proyecto primitivo, y que suponen por tanto una degradación) nos dicen claramente que el carácter de mercado abierto y casi temporal va perdiendo eficacia. El amontonamiento de cajas vacías en los alrededores de los puestos y, sobre todo, en el espacio exterior cercado, demuestran el cambio en el tipo de mercancías vendidas. Los problemas de aparcamiento, en las horas de carga y descarga, acusan un cambio en el sistema de suministro y reparto. Ninguno de estos problemas estaba previsto, ni era necesario en el tipo de mercado proyectado. Hoy estos solos hechos justificarían una reconsideración del Mercado de Colón. Quizá el más importante y difícil sería el problema circulatorio que el nuevo sistema de reparto en vehículos rodados supone, pues aparte de los efectos estrictos mecánico-circulatorios, produce una baja en la calidad ambiental de las calles y casas que lo rodean. Ante esta necesaria reconsideración, y supuesta la conveniencia urbanística de mantener el mercado en su actual localización, los caracteres de neutralidad y no especialización, tan repetidamente apuntados, facilitarían una remodelación y adaptación del espacio construido a una función mercado más actual. (Pensamos sólo en la accesibilidad que suponen las cuatro calles perimetrales y en el subsuelo, totalmente libre, con una disposición estructural que no impone graves servidumbres mecánicas). Cualquiera que fuese la decisión, intentar esta doble solución de conservación del espacio y remodelación de su uso, sería una norma de auténtica responsabilidad y garantía de no cometer aquí los errores lamentables de otros casos similares, como es el del Mercado de la Cebada, de Madrid, auténtica barbarie cultural, donde un magnífico ejemplo de arquitectura ha sido sustituido *in situ* por un pésimo edificio, que, aparte de su impacto negativo en el entorno urbano, no creemos que aporte una mejora sustancial en su funcionamiento.

Pero si nos atrevemos a ir más lejos y suponemos que una reconsideración del Mercado de Colón hiciese aconsejable un traslado de la función mercado, o simplemente que la remodelación, antes apuntada, no fuese rentable, nos encontraríamos con un edificio vacío, cuyas características especiales ofrecerían una magnífica gama de oportunidades para albergar funciones muy diversas, siempre que dichas funciones fueren públicas, porque, aparte del edificio en sí, la conquista como plaza pública que hoy supone, requiere igual esfuerzo para ser conservada.

Una ciudad de ferias constantes como Valencia dispondría de un magnífico hall; cualquier ciudad tendría ya hecho un "gran salón", una gran plaza cubierta, para usos múltiples (exponer cuadros o flores, oficiar misa o un mitín, jugar cuando llueve, etc.), cuya reconquista y nueva valoración debería aprovechar. Problemas y posibilidades similares



a los que plantea un reciente estudio (3) sobre las estaciones inglesas de la primera época del ferrocarril, a las que el "informe Beeching", por una u otra razón, no considera rentables, pero que suponen unos espacios (edificios históricos) que merecen ser reconquistados y puestos al día para otros usos públicos actuales como pueden ser un museo del ferrocarril.

Es pretencioso, desde aquí, seguir adelante por este camino, aventurado y atractivo, de las posibilidades que un edificio de este tipo plantea, pero creemos que la crítica de un edificio histórico debe intentar reconquistarlo desde unas posibles valoraciones actuales, sobre todo cuando vemos

(3) Lloyd e Inrall: British railway stations.

cómo desaparecen muchos de ellos sin antes haber agotado sus posibilidades.

Y con lo dicho no pretendemos conservar reliquias ni oponernos a una remodelación total que suponga incluso el derribo del actual Mercado de Colón. Lo único que apuntamos es que una decisión en este sentido requiere para ser responsable haber agotado antes todas las posibilidades de supervivencia que un edificio como éste posee y merece.

E. M.

Las fotografías, planos y revistas de la época nos han sido facilitadas por don José Mora, arquitecto, al igual que los datos biográficos referentes a su padre.

Las fotografías actuales son de Jarque.